

Introducción

El régimen nacionalsocialista apenas duró doce años. Sin embargo, ha marcado profundamente la percepción de la historia alemana y lo seguirá haciendo en el futuro. El terror, el genocidio y la guerra mundial rebasaron las fronteras de la Alemania de Hitler. Aunque pronto no quedarán representantes de las generaciones que vivieron de forma consciente aquel período, aún es posible recuperar testimonios del pasado sumamente interesantes.

Durante mucho tiempo los estudiosos han tratado de dar respuestas a preguntas esenciales sobre la época del nacionalsocialismo. En los últimos tiempos, sin embargo, se vienen ocupando de aspectos que hasta ahora habían suscitado menos interés. En cualquier caso, lo cierto es que todavía quedan muchos elementos enigmáticos e inexplicables por abordar. En este sentido, es una feliz noticia que los depósitos de ciertos archivos que hasta hoy habían permanecido cerrados salgan a la luz, y que cada vez se descubran más películas y documentos que nadie habría esperado encontrar.

Es en este contexto donde nace el presente libro, en el que, a lo largo de seis capítulos, dirigiremos nuestra mirada hacia acontecimientos poco claros, hacia los nuevos y desconcertantes resultados de ciertas investigaciones y, por supuesto, hacia esos interrogantes de la historia que tanto nos interesan a todos y a los que aún no se ha dado respuesta: en definitiva, hacia los secretos del Tercer Reich. Hechos que en su momento no podían darse a conocer y que solo hoy ha sido posible desvelar.

LA FAMILIA HITLER

Para promover el culto a Hitler, la propaganda nacionalsocialista se encargó de alimentar esa aureola tan característica de los profetas, que parecen entrar en la historia tras haber surgido poco más o menos que de la nada. Si se quería mantener la imagen de alguien que se había calificado a sí mismo como el «redentor nacional», no había posibilidad alguna de revelar el verdadero origen del dictador y de su familia. Con una coherencia meticulosa hasta el extremo, el líder del nacionalsocialismo ocultó su más que dudosa situación familiar. En su caso, precisamente, la obsesión por garantizar unos orígenes «sin mácula» que había propagado por doquier amenazaba con arrastrarle al absurdo. Cuanto más se situaba este agitador del odio racial en la primera línea de la política, más se preguntaban los oponentes del nacionalsocialismo por los orígenes de aquel personaje que había ascendido tan rápidamente y más crecía el temor de Hitler a la denuncia, porque ni siquiera él era capaz de aportar las pruebas genealógicas convincentes que exigía a todos los alemanes. Tras su ascenso al poder, al dictador le resultó más sencillo establecer qué debía saber «su pueblo» y qué no. En este libro se mostrarán los esfuerzos que realizó el *Führer* para borrar sus huellas. De hecho, tras el *Anschluss* (o anexión de Austria), la zona de la Baja Austria conocida como Waldviertel de la que procedían sus antepasados fue apisonada para ser convertida en un lugar destinado a los ejercicios de las tropas. Sin embargo, el *Führer* se mantuvo permanentemente en contacto con su familia —sobre todo para asegurarse de controlarla—. Se ha descubierto un acta que demuestra que su delirio racial no se detenía ni siquiera ante sus propios familiares: de hecho, Aloisia Veit, prima segunda de Hitler, fue víctima del asesinato «eutanásico», ya que murió a finales de 1940 en una cámara de gas. Este libro presenta toda una serie de documentos cuya existencia se ignoraba hasta la fecha, registros de carácter personal que ofrecen una visión sorprendente de los orígenes familiares del líder nacionalsocialista, entre los que destaca un manuscrito de la hermana de Hitler, Paula, que ha permanecido en paradero desconocido durante cuarenta años, así como un extenso expediente del FBI y los certificados de filiación de Hitler.

Por último, aunque no por ello menos importante, la obra da una idea de lo que significa hoy para los descendientes de la familia Hitler seguir viviendo a la sombra del dictador.

ROMMEL, LA LEYENDA

La guerra mundial que desencadenó Hitler permitió que algunas personas desarrollaran carreras militares extraordinarias. Muchas de ellas acabaron convirtiéndose en mitos. Erwin Rommel, por ejemplo, no solo combatió en África, sino también en muchos otros frentes. Su leyenda perduró más tiempo que el Reich al que creía servir. Según parece, en la época en la que se encontraba en la cima de su éxito, su prestigio obraba sobre el enemigo el mismo efecto que divisiones enteras. En agradecimiento, Hitler lo convirtió en el mariscal de campo más joven de la Wehrmacht. Después, sin embargo, llegaron las derrotas y, al final, la discordia.

Son cada vez más las voces que claman contra esa apariencia de «guerra caballeresca» que se piensa que libró Rommel en África. Hasta hoy se ha mantenido su imagen de mariscal preocupado por las necesidades ajenas y amado por sus soldados. Y, sin embargo, lo cierto es que sus agresivos ataques también provocaron enormes pérdidas y son muchos los que consideran que el «general favorito de Hitler» fue un nazi convencido e, incluso, un «criminal de guerra».

Sin embargo, esas imágenes extremas tienen tan poco que ver con el verdadero Rommel como todas las pinceladas de heroicidad con las que se ha dibujado a este personaje en los últimos decenios. Como muchos oficiales dirigentes, en los primeros tiempos cerró los ojos ante el creciente terror nazi. Bajo el mando de los generales, la Wehrmacht se convirtió desde el primer día en un eficaz instrumento de la guerra de aniquilación. Rommel se debatió entre la obediencia y la conciencia, la contención y la protesta, hasta el verano de 1944, cuando se retiró de la carrera militar. En cualquier caso, se ha comprobado que frenó como ningún otro general las órdenes criminales. Este libro ofrece nuevos e importantes datos sobre su conocimiento del atentado cometido contra Hitler en julio de 1944 y sobre

su posible aprobación de los planes de los conspiradores. Una cosa es segura: Erwin Rommel sabía lo suficiente de la conspiración como para pagar por ello con su vida.

EL DINERO DE HITLER

La imagen legendaria que Hitler había forjado de sí mismo como *Führer* ascético, dispuesto al sacrificio, desinteresado, al servicio de su pueblo y capaz incluso de renunciar a su sueldo como canciller del Reich es tan longeva como falsa. En torno al agitador nacionalsocialista manaron fuentes financieras mucho más abundantes y desde mucho antes de lo que se ha venido pensando incluso tiempo después de que concluyese el período nazi. Contó con protectores de indudable poder económico, no solo en Alemania, sino también en el extranjero. Sin corrupción, arbitrariedad y potentes donantes secretos, el camino de Hitler hacia el poder habría sido inconcebible. Hoy existen pruebas de que el *Führer* sirvió y fue servido de forma indecorosa. Cuando se suicidó en 1945, era millonario. De hecho, ya desde el principio de su «carrera» disponía de ingresos suficientes, gracias a la financiación de acaudalados protectores procedentes del mundo de la industria, que le facilitaban donaciones en secreto. Y cuando llegó al poder, el flujo de dinero parecía no tener fin: Hitler ganó ocho millones de marcos imperiales alemanes por los derechos de autor de su libro *Mi lucha*. No debe extrañarnos: el Estado regalaba esta obra chapucera a todos los recién casados. Participaciones de las ventas de los sellos de Correos que llevaban el retrato de Hitler, ingresos procedentes de las fotografías en las que aparecía, herencias de los miembros del partido..., todo acabó en los bolsillos del canciller y «presidente del Reich», quien, además, desde 1934 cobró los sueldos correspondientes a ambos cargos. Pronto recibió apoyo también desde el exterior: por ejemplo, el de Henry Ford, industrial estadounidense que realizó donaciones a su favor desde 1922 y que más tarde dio la orden para que sus fábricas en Alemania adoptaran la costumbre de ingresar anualmente cincuenta mil marcos en la cuenta privada de Hitler como regalo de cumpleaños. Son muchas las gran-

des empresas alemanas que deseaban comprar los favores de Hitler mediante donativos y que, sin embargo, después de la guerra se esforzaron por borrar cualquier huella comprometedora. ¿Quiénes formaban parte de este grupo de donantes? ¿A qué fines destinó el dictador su dinero? ¿Y dónde fue a parar su patrimonio tras la guerra? Este libro muestra cómo el Reich de Hitler se acabó convirtiendo en un complicado sistema de corrupción y enriquecimiento en el que estaban implicados también los miembros del partido y los principales militares.

HIMMLER: DELIRIO Y CULPA

Heinrich Himmler: dirigente de las SS durante el Reich, jefe de policía, ministro del Interior y general en jefe del ejército. El paladín más poderoso de Hitler sigue hoy en día rodeado de grandes misterios. ¿Por qué promovió en secreto la investigación sobre las brujas? ¿Fue él, y no Hitler, quien dio la orden de que se aniquilase a los judíos, como algunos estudiosos piensan en la actualidad? ¿Qué papel desempeñó la misteriosa amante con la que llevó durante años y años una doble vida?

En 1945, un bibliotecario hizo un increíble descubrimiento en un castillo barroco situado en la Baja Silesia: se trataba de los restos de la «Misión Especial de las Brujas del Jefe de las SS», que Heinrich Himmler había encomendado en 1935, eran 3.621 carpetas que contenían en total treinta mil fichas. Las investigaciones más recientes han demostrado que formaban parte de un plan ultrasecreto de Himmler cuyo objetivo era nada menos que la destrucción de la cristiandad.

Heinrich Himmler tardó en acercarse a las mujeres. Tuvo su primera relación sexual a la edad de veintisiete años. Se inició con Margarete Boden, una mujer siete años mayor que él. Un año más tarde se casó con ella, pero su pasión se apagó muy pronto. En 1937 entró en su vida una nueva mujer: Hedwig Potthast, su secretaria personal. El romance entre ambos se mantuvo en secreto. Con todo, para Himmler la vida privada tenía también un componente político: estaba convencido de que los hombres de las SS que fuesen «racialmen-

te perfectos» tenían derecho a disponer de una segunda mujer, como marcaban las costumbres germanas. Hedwig Potthast llegó incluso a dar a luz a un hijo, primero, y, ya en 1944, a una hija. Himmler animó también a sus subordinados en las SS a aumentar su prole —dentro y fuera del matrimonio—, puesto que ello se correspondía plenamente con el objetivo de crear un gran imperio alemán de ciento veinte millones de habitantes, que se extendiese desde el Atlántico hasta los Urales. ¿Y qué se debía hacer en ese imperio con las personas que ya vivían en el Este?

Los investigadores de todo el mundo han buscado durante decenios la orden que supuestamente dio Hitler para que se iniciase el Holocausto. Sin embargo, nunca se ha llegado a encontrar ningún documento en el que conste tal orden. Así pues, ¿cabe pensar que fue Hitler quien la dio? ¿O tal vez fue obra de otra persona? ¿De Heinrich Himmler? La aniquilación de los judíos ¿fue quizá para Himmler no un fin, sino un medio para consolidar su propio poder en el Tercer Reich? De forma arbitraria, tras el ataque a la Unión Soviética en el verano de 1941, Himmler viajó para reunirse con los comandos de la muerte de las SS en las zonas conquistadas. Allí donde aparecía, los *Einsatzgruppen*, o grupos de operaciones de las SS, se lanzaban al asesinato indiscriminado de hombres, mujeres y niños judíos: era el inicio del Holocausto. Los muertos debían dejar espacio a los vencedores alemanes. Himmler deseaba ser el único responsable de la «germanización» de las zonas ocupadas a través de una sangrienta «limpieza étnica». Aunque sus planes de conquista fracasaron estrepitosamente, casi hasta el final de la guerra Himmler continuó el genocidio judío —que había empezado como una etapa de preparación—. Y lo hizo mecánica, sistemática y metódicamente.

LAS MUJERES DE HITLER

Hitler hizo infelices a las mujeres. Nunca las respetó. Algunas se suicidaron por su culpa, otras intentaron hacerlo. Hitler era amado, pero no podía amar. No es que fuera infeliz, sino que, más bien, era enemigo de la felicidad. Buscaba mujeres a las que someter, niñas-mujer

que no le contradijesen bajo ningún concepto: «No existe nada más hermoso que educar a una jovencita; una chica de dieciocho, veinte años, que sea maleable como la cera». Las mujeres tenían que estar a su servicio, pero sin atreverse jamás a reclamar nada. Cuando se le acercaban demasiado, Hitler las abandonaba a su suerte, heridas en el alma. Sentía miedo de abrirse a una persona, al otro sexo. ¿Establecer vínculos, exponerse? No. Necesitaba la distancia. Tenía algo que ocultar.

Maria Reiter intentó suicidarse, Geli Raubal consiguió acabar con su vida y Unity Mitford corrió la misma suerte. Eva Braun trató de poner fin a su existencia en dos ocasiones. Y, sin embargo, fue ella la verdadera amante en secreto, la que siguió a Hitler hasta su amargo final. Y lo hizo no ya como una compañera ingenua y apolítica que dio al militar y criminal ese idilio aparente que él tanto deseaba: Eva Braun no fue solo testigo, sino una partidaria convencida.

LAS MENTIRAS DE SPEER

Albert Speer, arquitecto y experto en reformas de edificios, brindó a la ideología de extrema derecha formas monumentales en piedra y cemento. Como joven arquitecto que formaba parte del círculo más cercano al tirano, Speer lanzó su carrera fulminantemente. En plena guerra se convirtió en todo un gestor de una economía basada en el armamento. Hitler se sentía entusiasmado por el trabajo de su protegido, al que encargó construir la «Welthauptstadt Germania» (la capital mundial Germania). En el proceso de Núremberg, Speer ocultó que había obrado el «milagro del armamento» de Hitler a costa de centenares de miles de personas condenadas a trabajos forzados y de presos de los campos de concentración. Durante toda su vida negó haber tenido conocimiento del Holocausto y sobre esta mentira forjó su existencia. Tendría que transcurrir mucho tiempo tras la guerra para que se descubriera hasta qué punto había participado este arquitecto en los crímenes del régimen. Si los magistrados de Núremberg hubiesen conocido el verdadero alcance de su implicación, es probable que lo hubieran condenado a la pena capital. No en vano, un es-

crita que dirigió el 2 de septiembre de 1941 a Himmler, jefe de las SS, que se ha descubierto recientemente, demuestra que el campo de concentración de Natzweiler, en Alsacia, se construyó por iniciativa de Speer para obtener las piedras que se utilizarían más adelante en sus proyectos de construcción. Después de salir de prisión, este arquitecto se labró una carrera como autor de superventas en los que abordaba la historia de aquel Reich al que había servido con tanta eficiencia como convicción. Veinticinco años después de su muerte, en la primavera de 2006, el nombre de Albert Speer volvió a aparecer en los titulares de los periódicos cuando se subastó un cuadro procedente de una colección de arte que se pensaba que se había destruido en un incendio. Este descubrimiento, que se debía prácticamente al azar, arrojó luz sobre un capítulo de la biografía de Speer hasta entonces completamente desconocido: mostró su «doble vida», que incluía una amante que el arquitecto mantuvo en secreto durante años en Londres y la recuperación de obras de arte robadas a los judíos y vendidas posteriormente. En definitiva, aspectos de su vida que no ha sido posible desvelar hasta ahora.

El futuro dirá cuántos secretos guarda todavía el Tercer Reich, el período más oscuro de la historia de Alemania.